

# UNA HISTORIA DE VIDA

Suhail Rivera

## MI ESPACIO INTERIOR

Muchas son las cosas que puedo mencionar acerca del porqué me gusta escribir o cuándo inicie. De pequeña soñaba con castillos y con ser la princesa que iba a ser rescatada por el príncipe valiente en su maravilloso caballo blanco. Cuando empecé a escribir mis poemas y mis pensamientos acerca de todo lo que me pasaba, generalmente escogía hacerlo en un lugar donde tuviera vista a la calle y pudiera escuchar el barullo de la gente que muchas veces tranquilizaba mis pensamientos y me hacía soñar con algo mejor a lo que estaba viviendo.

Hoy mi zona está en la estancia de mi casa, es un lugar que de momento no he podido poner en orden por falta de metros cuadrados. Aquí se pueden encontrar desde libros, cd's de música, la televisión, dvd's, fotografías, etcétera, pero aparte de tantas cosas también consigo encontrar con un universo tranquilo donde descubro paz para pensar, sentir el viento que entra por la ventana y ver lo apacible del lugar donde vivimos mi esposo y yo. Es un fraccionamiento cerrado, muy cerca de cerros y varios cañones pequeños, que parecen "estar al fin de mundo", como dicen muchos de mis conocidos a quienes les da flojera venir a verme por "quedar muy lejos".

Mi área es básica, tengo cantidad de cosas en que entretenerme y a su vez distraerme viendo televisión. Acostumbro mucho ver novelas, no por la cultura que me puedan mostrar, sino por ver la mediocre realidad en la que estamos sumergidos y que incluso en las cosas más sosas podemos encontrar algo interesante y aprender de ello.

Además de tener un espacio propio para poder escribir, soñar y pensar en hacer cosas mejores con mi vida, tengo un libro que me encantó desde que lo vi: "El libro más completo de nombres de bebé" (The complete book of baby names) y la gran sorpresa que encontré fue que mi nombre, Suhail, al mismo tiempo de ser árabe, resulta el nombre de una estrella y lo más cómico del asunto es que es la versión "masculina" de Suhaila (jajajaja), increíble ¿no lo creen?

Cuando mi mamá estaba embarazada veía una novela venezolana en dónde la protagonista era una persona muy luchona, guapa, etcétera y se llamaba Suhail. Mi mamá decidió entonces que esto coincidía con el tipo de signo con el que iba a nacer (Aries) y que aplicaba muy bien el sentido y forma de ser de quien así se llamaba con mi persona. Como complemento decidió ponerme

el nombre de una flor, igual de exótico que el primero, y este fue Orquídea, por lo que mi nombre completo quedó en Suhail Orquídea.

Mi nombre desde siempre me ha gustado, quizás por ser tan poco ortodoxo y tan raro. Al principio, cuando era niña, tuve que acostumbrarme a que me nombraran de forma distinta de lo que era por ser “más fácil” de pronunciar, sin embargo y conforme iba pasando el tiempo yo misma exigía que se pronunciara correctamente.

Siempre se han manejado apodos en la familia y yo no iba a ser la excepción; mi abuelo Saúl me llamaba “pollita”, papá cuando era niña me llamó “mi princesa” o mi “palomita”. Pero creo que esta es la parte más divertida de todo. Por mi estatura generalmente me han llamado “chaparra o chapis”. Después, conforme mi carácter salía a relucir, se me cambio el apodo a “fiera” y más recientemente varios de mis ex compañeros de trabajo decidieron apodarme “the queen” porque dicen que todo mundo está a mis órdenes y servicio (jajajajaja); en mi escuela y para muchos otros soy “ave nocturna” por mi preferencia de trabajar y hacer varias cosas en la noche.

Algunas personas me han mencionado que si no me llamara como me llamo yo no sería yo ni mi carácter y fortaleza sería la que es ahora. Mi nombre es prueba de muchas cosas, significa: fuerza, fortaleza, perseverancia. Es mi motivo y razón de ser. Me siento invencible con tan sólo escucharlo, como si nada ni nadie me pudieran poner obstáculos en el camino. Huele a orquídeas y rosas; suena a un trueno en medio de la tormenta; se parece a una gran montaña que se erige y se mantiene fuerte a pesar del clima y del tiempo; se siente como un cálido abrazo, como un fuerte rayo de sol.

Mi gusto por la oscuridad la denominaría como una especie de vampirismo por conveniencia, soy ave nocturna y me encanta la noche para hacer muchas de las cosas que quiero (tarea, leer, tejer, etcétera). En la noche soy libre, plena y sin ataduras de estar al pendiente de tal o cual cosa. Es mi energía vital, es cuando reflexiono mí existir. Increíblemente he descubierto que a pesar de tener actividades en el día, para mí es básico el ser dueña de la noche. Soy egoísta de mi tiempo y en las penumbras no hay nada ni nadie que me impidan pensar, ver, escribir o leer lo que me plazca.

Mi espacio interior siempre va conmigo y trato de mantenerlo ajeno de estrés, problemas, preocupaciones e inclusive ajeno de mi misma; porque definitivamente si hay alguien que puede boicotear este espacio soy yo...

## “TE ENCANTA SER EL CENTRO DE ATENCIÓN”

En infinidad de situaciones y momentos de mi vida viene a mi memoria una y mil veces la frase favorita de mi madre: “¡claro!, pero si te encanta ser el centro de atención de todo, ¿verdad?” y, por más que han pasado los años y las situaciones y circunstancias han cambiado, la frase sigue latiendo en mi memoria como si fuera una lápida funeraria en dónde aparece mi epitafio que menciona “y sí, siempre fue el centro de atención de todo”.

Debería de haberme tomado las cosas más a la ligera cada vez que mi madre mencionaba esta frase, sin embargo; generalmente venía acompañada de algún reproche que con regularidad terminaba en “¡eres igualita a tu padre!”. Y hoy, después de casi nueve años de divorcio, de vez en cuando y presa de la desesperación por no ser la misma mujer fuerte y entrona que no le daba miedo nada ni nadie, que siempre fue la *machorra* que estuvo al frente de una familia porque el hombre de la casa se divertía en juergas y mujeres sin fin; hoy que su (la de quién, de tu madre o de tu ex) diabetes ha casi fulminado el último suspiro de fortaleza de nuevo recuerdo esta frase que en lo personal la sigo sintiendo como culpa y regocijo, como sal y mucha pimienta, porque a pesar de que fue dicha con saña y mala intención, me dio la idea de que, efectivamente, siempre iba a querer ser el centro de atención de todos y por todo y casi puedo decir: misión cumplida.

Pero después de esta frase cómo olvidar otra que aún el día de su (el de quién) funeral para todos mis hermanos y primos fue como el sello y estandarte con el que recordamos a mi abuela, a sus casi once años de muerta: “una señorita jamás debe de andar sin maquillaje y sin un buen vestido, nunca se sabe lo que puede pasar o a quien te puedes encontrar”, jajaja, de sólo acordarme me da tanta risa esta frase, porque así como la de mi madre me recuerda los tabúes de los que hemos padecido las mujeres por siempre ser las muñequitas del pastel que deben de lucir perfectas, aunque por dentro estén pudriéndose y no puedan expresar dolor. Cuando mi abuela falleció después de una larga agonía un Alzheimer muy avanzado y cuando una mala diálisis practicada en cierto centro de salud pública desencadenó que su muy maltrecho cuerpo ya no resistiera tan terrible procedimiento, mi tío salió de la habitación de

mi abuela y me dijo en tono muy serio: “eres la nieta mayor de Doña Lola y lo menos que me puedo esperar es que te arregles como lo marca la ocasión”; en lugar de decir que mi abuelita acaba de fallecer; se limito a decirme que me fuera a cambiar con la rigurosa etiqueta que exigía “tal evento”.

Al llegar a mi casa y voltear a mi closet recuerdo que no podía pensar en nada más que encontrar el perfecto atuendo negro y las zapatillas de tacón apropiadas y cada que veía mi atuendo recordaba lo que me decía mi abuelita antes de morir “una señorita jamás debe de andar sin maquillaje y sin un buen vestido, nunca se sabe lo que puede pasar o a quien te puedes encontrar”; sin más, me derrumbé en la cama ya casi lista para irme a la funeraria y, viendo las lágrimas negras del maquillaje, pensé ¿para qué? ¿Por qué ocultar el dolor de haberla perdido tras una máscara de frivolidad y excelente apariencia? Ya no la iba a volver a ver y sin embargo, sin saber de dónde o como una vocecita interior me dijo: “*¿y así quieres que te vea en su última morada? ¡Cómo es posible que te dejes desmoronar por algo inevitable!*” Sin pensar, me volví a arreglar el maquillaje hasta quedar “perfecta” y después revisé uno a uno de mis hermanos la corbata y camisa que habían elegido. Nuestro deber era ir de negro riguroso e impecable sin ninguna arruga, sin ningún hilo suelto.

Mi abuela en vida fue la viva imagen de una Jacqueline Kennedy, siempre a la moda, siempre arreglada; aun y cuando sus últimos años los pasó postrada en una cama como un vegetal exigía con los ojos que su cabello estuviera perfectamente arreglado, que sus uñas al menos estuvieran cortas y limadas y su ropa fuera siempre pulcra, siempre limpia. A la fecha en mi casa conservo una fotografía de estudio donde luce regia: con sombrero de ala ancha, un vestido de flores y el maquillaje impecable que sólo deja ver lo espectacular y maravillosa que fue en vida.

“Nunca llores por debilidad”, me decía una amiga el día del funeral de mi abuelo, porque yo me sentí desfallecer, me dolía profundamente que mi familia estuviera hecha pedazos porque mis padres decidieron dar por finiquitado su matrimonio después de 28 años a la semana siguiente a mi graduación de la carrera profesional. Cuando pensaba en el porqué de esta situación caía en la cuenta de lo que me decía mi madre una y otra vez: “siempre quieres ser el centro de atención” y que mi abuela me decía que “una señorita jamás debe de andar sin maquillaje y sin un buen vestido, nunca se sabe lo que puede pasar o

a quien te puedes encontrar” y ese día en el funeral, al escuchar las palabras de esta amiga, me quede pasmada de ver que era mi responsabilidad ser fuerte y jamás dejarme decaer frente a nadie. Opté por llorar a solas y sin que nadie me viera, decidí recibir el pésame con el temple de una reina y que nadie comentará “pobrecita, su mamá se fue con otra persona y su papá tuvo el descaro de llegar tomado después de una noche de juerga con su amante”. ¡Palabras estúpidas de gente estúpida! Así que tuve que salir a tomar aire, respirar y decir “esta tiene que ser mi actuación más soberbia, más ecuánime, más perfecta...” y sí, al final del día me dije: “efectivamente, para ser el centro de atención y cumplir como una señorita debes de ser PERFECTA”.

Qué equivocada he vivido todos estos años tratando de ser algo que estoy muy lejos de lograr; porque al final del día lo único que tengo es que soy tan humana como mi madre, mi abuela y mi amiga, y que sus palabras sólo son eso, palabras, que en el momento preciso y oportuno pueden ser el motor que cambia una vida o la sobredosis que mata el alma....

## YO SOY LA ENFERMA

Desde que mi madre se enfermó de diabetes hace casi **doce** años, mi vida se transformó completamente hasta el punto en el que ni yo misma reconozco qué es lo que he hecho. Han pasado miles de situaciones, momentos y decisiones que se tuvieron que tomar para que una familia hecha pedazos siguiera adelante con una vida que prácticamente estaba en ruinas. La transformación de una familia, de por sí disfuncional, ante una enfermedad va más allá que cualquier cuento de ciencia ficción: real y destructiva, como veneno, y cómo la misma vida te va marcando las cosas

Mis padres se divorciaron después de muchos dimes y diretes entre un ir y venir de infidelidades, maltratos tanto emocionales como físicos y de muchos años de completo hastío de los que ni ellos mismos saben cuando se empezó o cuando terminó. Mi madre, que siempre se caracterizó por tener un muy fuerte carácter, ser reacia y muchas veces terca e indiferente a su nueva realidad, inició con una batalla campal en contra de su enfermedad y en contra de quienes vivíamos a su alrededor: sus hijos.

Vengo de una familia donde somos en total tres hermanos, de los cuales, además de ser la única mujer, tengo el honor y privilegio de ser la mayor; aunque a veces estos honores representan más problemas y responsabilidades que beneficios a mi vida y a mi fortuna.

Ese funesto doce de abril de hace casi doce años cuando mi mamá se desvaneció en las escaleras a consecuencia de un coma diabético casi fulminante, me dio la visión de que mi vida ya no iba a ser mi vida y que lo poco o mucho que lograra hacer con ella dependería, en gran parte, de mi obstinación por defender mi integridad y en muchos momentos mi dignidad.

Yo no sé qué tan cierto sea eso de que la familia del enfermo es la que más se acaba cuidando al convaleciente, lo único que sí sé es que la persona que yo una vez conocí como mi madre no tiene nada que ver con la señora sombría y negativa que es ahora, peleada con el mundo y con su propia suerte, y que ni siquiera hace el intento por cambiar o al menos mejorar. Es otra persona, es cómo si además de mutar y cambiar; haya descendido a lo más pobre del alma de un ser humano.

Su nulo, si no es que casi extinto, deseo por vivir nos ha llevado en una vorágine de pleitos y culpas sin fin que no han traído más que dolor, resentimiento y sinsabor al ver que, la que una vez me dio el ser y estuvo feliz de cuidarme y hacerse responsable de mi vida, hoy simplemente se haya dado por vencida y a todos viajes y en cada oportunidad mencione su ya tan cotizada frase “no soy más que un estorbo, y ciega y jodida como estoy no quiero ni me interesa vivir”.

¿Cuánto dolor y coraje encierra esta frase? No tienen ni idea. Es como cuando ves un cigarrillo consumirse en el cenicero sin que nadie se decida a darle ni un toque y no lo tome en cuenta y se deleiten con ver como, poco a poco, el humo se va extinguiendo sin que nadie haga nada. De esa misma forma, día con día, veo como mi madre se apaga como la luz de una vela y, aunque mis hermanos y yo tratemos de evitar las corrientes de aire para que esto no suceda, parece que la misma flama se ha decidido a sofocarse aun y cuando las mismas condiciones no favorecen a ello.

Cuando mi madre empezó a perder la vista de uno de sus ojos, nos quedamos pensando en los muchos años en los que ni por error cuidó el nivel de su azúcar o en las n veces en las que la vimos comiendo algo que no debía y casi siempre respondía “no, pasa nada, de todas formas de algo me he de morir ¿no?” y la respuesta se la sigo dando año tras año: NO ESTAS MUERTA, pero yo si me siento muy enferma.

Estoy enferma de ver como no te importa ni te interesa nada tu persona, que eres indiferente a tu propio dolor, que entre más mal te sientes más te regodeas de ser tú quien sufre y, además de ello, te pavoneas de gritarle al mundo “vean, se los dije; yo no le importo a nadie, ni a los pinches de mis hijos que lo único que hacen es decirme qué hago bien o qué hago mal”. ¡Maldita sea! Si tan solo voltearas a ver un poco más a tu alrededor y te dieras cuenta de lo maravilloso que es el estar vivo, de poder despertar todos los días y contar con algo que llevarte a la boca, de poder tener algo que ponerte, de tener un techo y sí, también de contar con unos hijos tan miserables y tan desgraciados como a todo mundo le has hecho creer.

Desde que te enfermaste no ha habido un solo día en el que no menciones que “por su culpa yo no pude hacer nada” “por su culpa tuve que aguantar a tu padre”, etcétera., etcétera., etcétera., una y otra vez te has empeñado en

decirnos que fue culpa de nosotros que hayas escogido mal a la persona a la que uniste tu vida, que tus decisiones han sido al vapor y que por ello tu divorcio, en lugar de dejarte con un beneficio, se ha convertido en tu peor maleficio; y ni que hablar de las enormes carencias afectivas a las que nos has expuesto: mendigando un poco de respeto y un poco de admiración de tu parte.

¿Por qué le tienes tanto coraje a la vida, mamá? ¿Por qué insistes en hacerte daño y no cuidarte? ¿Que acaso no te quieres percatar de que tu enfermedad nos ha enfermado a todos y que ahora somos nosotros quienes nos sentimos incapaces de seguir adelante y de echarle ganas a la vida? Y lo más irónico del asunto es que desde hace doce años, en mi cumpleaños, tengo el bello recuerdo de que ese es el día en que tu vida y la mía cambiaron, una fecha que debería de ser especial e importante se ha convertido en mi suplicio y castigo desde que estás enferma.

Pero, y ¿ahora qué hago? Todos los días me pregunto lo mismo, ¿cómo diantres sacudo de mi alma esta podredumbre que me ha carcomido el alma durante casi doce largos años? ¿Cómo te digo qué quiero y deseo hacer mi vida y que lo que tú decidas hacer con lo que queda de la tuya es algo que ya no me importa? He decidido renunciar a ti, he decidido separarme de lo que tú eres ahora y prefiero conservar el recuerdo de lo que fuiste antes de enfermarte: luchona, guerrera, atrevida, coqueta...mujer.

Mi alma está tan enferma de verte así, de que todos los días te pongas la misma ropa teniendo un closet lleno de ropa que te puedes poner y que muchas veces nos hiciste comprarte porque era mejor para ti, para que no te raspara, porque era suave, de algodón, de seda, especial para diabético, etcétera., y ¿para qué? Si ahora sólo te vistes con lo peor que tienes y no te importa y, que aunque a veces tengamos algún evento importante en nuestras vidas, qué más da, tú no eres la que se tiene que lucir ¿no?

Hace tanto que ya no reconozco la imagen que veo frente a mí: mi madre, que a veces pienso no es ella, que quizás ese trágico doce de abril de 1998, cuando cayó por la escalera y se desvaneció, ese mismo día también se desvaneció su esencia, se perdió su alma, se esfumó un sueño y la que era mi madre se quedó ahí en el piso sin reaccionar y la que despertó después de un coma diabético en una cama de una habitación del ISSTE es alguien que, más que enfermedad, tiene intoxicada el alma; esa alma que hoy se resiste a vivir y

que lo único que hace, día tras día, es morir lentamente y junto a ella se muere mi alma, me muero yo y mi sueño de volver a ver a mi mamá sonreír como hace doce años....

Significados de las palabras encerradas en círculos para mi

Doce: Representa el signo característico de mi nacimiento, es el número que ha marcado mi vida desde que tengo conciencia. Muchas de las buenas y malas experiencias de mi vida han sido un día doce de cualquier mes. Es mi principio y mi fin de cada una de las etapas de mi vida y es el número que me recuerda que tengo doce oportunidades de volver a empezar.

Culpa: Palabra complicada hasta en su definición que me dice que he permitido el castigarme y atosigarme por decisiones que no han sido propias y que también muchas de las malas experiencias que he tenido en mi vida las he vivido por culpabilidad de algo que hice o que no hice.

Mamá: Palabra que debería de encerrar amor, comprensión, cariño, bondad, esperanza y que para mi representa hostilidad, remordimientos, planes rotos, vidas truncadas. Es la palabra más difícil de comprender y más dolorosa en mi vocabulario.

## TRES RAZONES

Desde niña me enseñaron que no existe sacrificio más noble y más hermoso que el ser madre, y que por ello las mamás eran personas muy dulces, con un amor inagotable por sus hijos y que jamás; pero jamás, les podían negar algo por ser el regalo más importante de su vida. Tristemente la realidad distaba mucho de lo que se decía en los comerciales, pláticas entre otros niños o inclusive las “leyendas” de las abuelas que se desvivían por mitificar el papel de la madre como la todopoderosa más allá que cualquier mujer maravilla o superman.

Sin embargo, cuando creces te das cuenta de que todo ese mito que muchas veces son las madres suena más a rumor o chisme que a lo que en contexto debe y puede ser una mamá. Particularmente en mi caso, mi madre se caracterizo por tratar de ser un ejemplo muy burdo de lo que ella vio en mi abuela: sombría, impune e inmune, dura, estricta y rencorosa. Y hago la aclaración de que mi abuela materna no tenía nada que ver con estos conceptos, al menos en

lo que a sus nietos se refería, por el contrario; era todo lo opuesto a lo que mi mamá toda la vida quiso ser.

Sus conflictos personales, sus cuentas por cobrar y todo aquel sentimiento de culpa que regularmente acompaña a una madre en la mía era el pan nuestro de cada día. Nunca perdió oportunidad de decir que “por nosotros” (hablando de mis hermanos y de mí ) tuvo que soportar todo tipo de maltrato y vejación por parte de papá y que gracias a que NOSOTROS estábamos en el mundo ella tenía que estar ahí, aunque pudiera haber hecho muchas cosas como estudiar en el extranjero, terminar su carrera, etcétera, sin embargo, la maternidad vino a trastornar completamente su plan de vida en lugar de venir a traerle dicha y satisfacción como supone que hacen los hijos.

Creo que difícilmente podré entender las razones reales del porqué mi mamá tenía tanta aversión por serlo, y su contradictoria añoranza por haber perdido a mis hermanos gemelos (que murieron por complicaciones de nacimiento al ser prematuros). A veces cuando los mencionaba sus ojos brillaban de una forma muy especial, quizás como en pocas ocasiones lo he visto cuando menciona a cualquiera de nosotros. Ellos sí que fueron un caso especial, como dicen algunas mamás: *“el anhelo y expectativa del primer hijo es irremplazable aún y cuando lleguen otros hijos más posteriormente...”* y creo que tienen razón. Sé que mi madre fue e hizo lo que estaba en sus manos para educarnos y, a su manera, nos quiere; a lo mejor no como el ideal que yo concebí en mi cabecita infantil, pero hoy en mi adultez puedo decir que aprendí mucho de ella y de lo que debo evitar cuando mi razón, deseo y conciencia me lleven a dar el gran paso de la maternidad.

A lo largo de su vida mi madre y su culpa por no haber hecho o dicho tal o cual cosa redundaba más cuando se acercaba la fecha de mi cumpleaños: doce de abril. Creo que por ser a sólo una semana de diferencia del de ella se generó un *dejavú* de situaciones y momentos incompletos. Las circunstancias y emociones más fuertes de mi vida han sido en días doce o en combinación de este número. Es como jugar a la lotería y escoger mentalmente un número porque crees que es el ganador, y al final te das cuenta que escogiste el mismo de siempre y éste ni siquiera se acerca al que tiene el premio gordo. Doce son los meses del año, los signos zodiacales, los años de diabetes de mi mamá, las

campanadas que anuncian el año nuevo, las cicatrices que puedes tener en el alma, los días en que esperas noticias de algo importante, los minutos en que se decide si alguien vive o muere, los apóstoles que acompañaron a Jesucristo.

Son incontables los sucesos que se han dado en mi vida un día doce, lo que he vivido cada doce de abril al lado de mi madre, las culpas que he tenido que aprender a perdonar para seguir adelante y crecer; pero lo más importante y valioso es que tengo siempre doce meses para intentar una y otra vez ser mejor persona, amar más y por más tiempo, perdonar, sentir, llorar, reír, orar, oír....

Si doce son las horas que nos marca el reloj, ¿para qué vivir con la prisa de que el mundo se va a terminar? Hay que aprender a disfrutar cada momento, sin culpa y aduciendo a la virtud más maravillosa que tiene cualquier madre: instinto. Sin él no pueden saber o darse cuenta cuando algo anda mal. Teniendo doce oportunidades para comenzar, sin culpas que cargar a nuestras costillas y con un inmenso instinto de supervivencia para amar la vida y disfrutarla cada día y en cada hora del día....

## ¿QUIÉN ERES TÚ?

Fueron las primeras palabras que vinieron a mi mente al momento de observar mi imagen frente al espejo completamente desnuda y sin arrimadijos. Para mí nunca ha sido novedad el verme al espejo desnuda, es una práctica que por vanidad hago con regularidad. Siempre buscando esa “llantita” de más, esa celulitis en los glúteos, etcétera. Es una rutina de escrutinio que me dice cómo me veo ahora y en la edad que tengo.

Sin embargo, en esta ocasión la persona que estaba del otro lado del espejo empezó a mencionar varias cosas de las que nunca me había percatado:

- ¿Qué ves?

- Me veo a mí

- No, está ya no eres tú. Es lo que queda de ti...

- ¿Por qué dices eso? No es verdad, aún queda mucho de mí.

- ¿Estás segura? Yo creo que aún no entiendes que ya no eres tú la que se está viendo en el espejo, sino el remedo de lo que queda de la que fuiste.

- ¡Bah! Y ¿me lo dices tú?

- Quién mejor que yo para decírtelo. Seamos honestas: ¿tú crees que con tanta cicatriz, flacidez, celulitis y demás; sigues siendo tú? No, definitivamente no. Lo que estás viendo en este momento es la broma del destino y de cómo al final de cuentas la vida te ha cobrado él NUNCA ponerte atención.

Y cuánto más la escuchaba más cerca estaba de la realidad. Cierto, lo que estaba viendo no era ni la sombra de lo que siempre presumí por años: una linda jovencita con todo en su lugar y muy bien conservada a pesar de ya estar en sus treinta y tantos años. Ahora sólo veía lo que quedaba de esa joven, estaba viendo a alguien cansado, sin luz, triste y quizás; hasta decepcionada de lo que veía y de cómo se sentía.

Este año 2010 no fue fácil, empecé con muchos achaques, dolores y demás que, para mi edad (34) se supone que no deben ser TAN comunes; pero que para mí se estaban volviendo el pan de cada día. En enero me operan de la vesícula por tenerla con varios tumores de colesterol. En marzo me tienen que quitar las venas hemorroidales (sin necesidad de dar más especificaciones) y posterior a esto he ingresado una y otra vez por uno u otro motivo. Algunos muy complicados, como que reventara un quiste de un ovario y me produjera

hemorragia interna; hasta infecciones y dolores de cabeza insistentes que no se quitaban con nada.

Cuánta razón tenía la imagen del espejo al decirme que lo que veía era sólo un despojo de lo que alguna vez fui. Y cuanto más veía esa imagen en el espejo más decepcionada me sentía de observar cada parte de mi cuerpo y de comprender que, al final, el tiempo siempre llega aun y cuando nunca se me hubiese notado.

- ¿Por qué te decepciona tanto verte así? Siempre fuiste bonita, con una cara angelical y con un cuerpo muy envidiable para la edad que tienes. Fácil te ha dado ventaja de pasar por jovencita unos 5 u 8 años menor de lo que en realidad eres.

- Para ti es fácil decirlo porque tú te has aceptado con todo lo que tienes: cicatrices, una celulitis espantosa, flacidez, llantas por todos lados...

- Jajajaja, ¡vaya, vaya! Finalmente empiezo a entender la razón de tu pesar.

- ¿Ah que te refieres?

- Tu problema no es lo que estás viendo o cómo lo estás viendo, tu problema es el querer lo que ves y no sólo disimular que eres una persona muy conforme con su vida y con su forma de ser. ¿Estoy en lo correcto?

Al escuchar esta última pregunta de mi "imagen" creo que caí en la cuenta de que mi problema principal no era el ver lonjas, cicatrices y demás, el tema a discutir era si para cualquiera lo que ahora se ve seguiría siendo atractivo. ¡Qué inocente y simple es la vanidad femenina!, siempre busca indirectamente la aprobación, no de los demás, sino de ella misma que, al no aceptarse, deambula con el remedo de vanidad que le queda para no gritar al mundo lo insatisfecha de verse día con día.

Cada que me veía me daba cuenta de que durante muchos años trate de disimular el profundo dolor y desamparo en que había caído, desde hace muchos años, al dedicarme a solucionar la vida de los demás y mandar por el caño la mía. ¡Dios gracias de mi metabolismo! Qué si no desde hace un buen sería doble rodada y caminaría por la vida con varios kilos de más, aunque para ser sincera he visto y conozco gente maravillosa con esa "pancita" que ni la dieta quita y que vive tan feliz con lo que es y tiene, dejando para último plano su físico que al final

no puede modificar de la noche a la mañana. Entonces, ¿para qué seguir sufriendo por él?

- ¿Te digo algo muy importante?

- Si, te escucho...

- Te admiro. Pero no sólo de admirarte lo bella que puedas ser, sino de admirar tu fortaleza para enfrentar tu realidad todos los días.

- Si tu supieras el trabajo que me cuesta todos los días verme al espejo. Hay días en que ni siquiera soporto la imagen que está del otro lado: feliz, arrogante, jovial, despreocupada. En cambio yo soy todo lo contrario.

- Te equivocas. La imagen que ves en el espejo eres tú y tal cual la describes así eres: jovial, divertida, bella...Lo que sientes es algo que llamamos "vida" y en ocasiones no siempre es simpática y duele.

- Pero ¿por qué me duele tanto vivir?

- Lo único que te puedo responder es: si la vida no doliera y no nos pusiera obstáculos que sortear una y otra vez, se volvería rutinaria y sombría. Hasta el más mínimo esfuerzo le genera luz y esa luz es la que nos demuestra que vale la pena seguir adelante una y mil y un millón de veces.

Después de esta charla con mi imagen en el espejo, creo que por fin pudimos llegar a un acuerdo de cero agresiones por un tiempo. A veces nos veremos y no nos gustará lo que vemos, otras ocasiones escucharemos cosas que jamás quisiéramos escuchar y finalmente sentiremos que duele tanto que nunca va a pasar. Pero la vida, como un espejo, siempre refleja lo que hay en nuestro corazón y al corazón nunca lo podemos maquillar...

## SEXUAL Y ¿MATERNO?

El cómo se ejerce la sexualidad en las mujeres es parte de todo un proceso. Conlleva el estar en un eterno pleito con las costumbres sociales y morales bajo las cuales te hayas criado. Sin embargo, a veces esto no es limitante de que, al final de cuentas, decidas que lo que hagas o no con tu cuerpo te compete a ti y nadie más que a ti misma. Y este último punto puede desencadenar las más oscuras sensaciones de vacío, remordimiento y culpa si no se analiza correctamente qué es lo que está pasando.

Fui una adolescente que, como todas, buscaba encarecidamente la aprobación del sexo masculino en todos los sentidos. Desde muy pequeña practiqué gimnasia rítmica, lo que me permitió modelar una figura relativamente esbelta y torneada que no era desapercibida por los congéneres del otro sexo. Pero esta supuesta ventaja, a largo plazo me trajo más problemas que beneficios ya que, por lo mismo de que era tan obvio lo torneado y modelado de mi figura, los encantos eran no sólo de admiración; sino de deseo pervertido y hasta obsceno. Recuerdo muy vagamente que en mi adolescencia fui víctima de abuso sexual por parte de un individuo que trabajaba en un supermercado cercano a mi casa. Él siempre fue amable conmigo y procuraba tener detalles como dulces o cosas así. Sin embargo, lo que yo a mis tiernos doce años nunca percibí fue su deseo obsceno por querer acariciar mis partes íntimas e inclusive que yo lo hiciera con las de él. Un día, sin pensarlo, llegó hasta mi casa y me preguntó si estaba sola, a lo cual respondí que no, que se encontraba mi mamá en la casa pero que se estaba bañando. Entonces él, sin más, decidió entrar a mi casa y me pidió que me sentara en sus piernas porque quería platicar conmigo. Yo no vi ningún problema hasta que empezó a meter su mano por debajo de mi playera y comenzó a acariciar sin decoro mis aún no formados senos. Me empecé a sentir incómoda y rara y le dije que se detuviera, a lo cual hizo caso omiso; luego empezó a meter su mano en mi short de licra y eso fue lo que sin dudar puso mis sentidos cien por ciento en alerta y pánico.

Sin darme cuenta, el tipo en cuestión casi me desnuda en la puerta de mi casa y sin que yo pudiera hacer mucho, empecé a sollozar y a gritar a mi mamá, pero ella no escuchaba nada. No sé en qué momento pasó todo, pero mi mamá me tenía en la regadera duchándome y diciéndome que todo iba a estar bien y

que no había pasado nada. No recuerdo a ciencia cierta que sucedió, sólo sé que alguien abusó de mi confianza y quiso hacer lo que le dio gana con mi aún no explorada sexualidad.

Con el paso de los años y el despertar de las hormonas fui realizando el porqué las mujeres somos la presa más cotizada entre los hombres: somos el fruto prohibido que siempre está en exhibición, pero nunca a disposición de cualquiera.

Los chicos eran mi perdición y el asunto eterno de la “virginidad” como que ya me empezaba a sacar urticaria. Casi siempre me junté con gente mayor que yo y, obvio, que ellos me mencionaron muchos de los gustos y placeres que se daban cuando “intimaban” con alguien más. Fue cuando me di cuenta de que eso era lo que yo quería y deseaba de corazón, pero no había encontrado a la persona indicada para hacerlo. En mi casa la virginidad era un asunto de vida o muerte: o lo eras o te convertías en prostituta, por lo que mi tendencia a buscar lo no autorizado me estaba causando grandes estragos a nivel familiar. Nunca he podido entender por qué la valía de una mujer está fundamentada en con cuántas personas ha estado íntimamente o con cuántos más ha tenido un encuentro sexual. Si ese fuera mi caso, definitivamente estaría más devaluada que la moneda nacional o ¡ya estaría cotizando en cetes!

Pero ¿qué es lo que siempre me ha llamado la atención del sexo? Creo que la respuesta es más simple que la pregunta: cómo dos personas se unen con la finalidad de compartir un espacio y un deseo sin que este termine en una eterna promesa rota o tenga que llegar al matrimonio. Porque esto último era la cantaleta eterna que escuché una y otra vez sobre quiénes osaban mantener relaciones sexuales con individuos que no fueran a ser su pareja sentimental o que ni siquiera les hubieran hecho una promesa de matrimonio. En mi adolescencia traté de apegarme al estricto código de “llegar virgen al matrimonio” y por ende no mantener ningún tipo de contacto físico con nadie que no fuera a ser mi pareja de por vida. Pero al mismo tiempo pensaba y discernía si en realidad valía la pena la espera en lugar de conocer mi cuerpo en todo su esplendor.

Al final de cuentas, cuerpos van, sensaciones vienen y decisiones consensuadas aparecen una y otra vez. Las mujeres somos seres sublimes y con características no propias para el género masculino. La creatividad, los

detalles, el sentimentalismo, la autoflagelación, la censura y muchas veces la culpa, son parte de ese rito eterno de las mujeres para justificar nuestras decisiones en materia sexual, situación que ni por error sucede con los varones que sólo se limitan a sentir y no se mortifican en pensar porqué si o porqué no. Puedo decir que al final de este camino de cuerpos y sensaciones me queda pendiente el aprender a dejarme llevar por las sensaciones y dejar de lado las emociones, ya que estas últimas sólo complican la vorágine de explosiones corporales que dan lugar a la absoluta satisfacción de ser humana y de poder disfrutar de una sexualidad plena y responsable.

Aunque llegando y haciendo una retrospectiva del porqué las mujeres tenemos esta afinidad por una sexualidad plena, me viene a la mente el cuestionamiento eterno de que “tenemos una responsabilidad de vida”, lo cual se resume a que todo el objetivo de saber, conocer y explorar este asunto sexual se reduce a una inminente capacidad de reproducir y producir en un ser vivo tras todas esas sensaciones experimentadas durante un orgasmo.

Para la mayoría de las mujeres la capacidad de reproducirse es parte de su autorrealización como ser humano y esto a su vez les permite el seguir adelante con sus objetivos y e construir y hacer un plan de vida que la deje estar en paz consigo misma y con los demás. Pero ¿qué tan cierta es esta realización al ejercer el derecho a la maternidad? Durante muchos años la mujer estuvo estigmatizada a la sola actividad de la crianza y educación de los hijos, su derecho a una sexualidad plena y satisfactoria quedaba limitada a la cantidad de hijos y el tipo de ciudadanos que formaban. Las cosas fueron cambiando en el trayecto de los años y hoy los papeles han cambiado tan drásticamente que es difícil concebir la idea de que una mujer piense que todo su mundo gira alrededor de un hijo.

El juego de la ruleta rusa lo experimentas todo el tiempo cuando empiezas a explorar tu sexualidad. En mis años mozos no existió la cantidad de información con la que cuentan los jóvenes hoy en día. Antes, comprar un preservativo era peor que pedir cigarros en la tiendita de la esquina y era mejor visto comprar un *six* de cervezas que ir al ginecólogo a consulta para conocer los programas de planificación familiar. Y si nos limitamos a estas prácticas, mis parejas sexuales ni por error se tomaban la molestia de buscar una protección antes de tener un encuentro amoroso y se practicaba el “venirse afuera” como

método ideal de anticoncepción o el “sólo la puntita” como arma idónea para no eyacular dentro de la dama.

Lamentablemente muchos de estos “métodos” alternos dieron por resultado damiselas embarazadas a sus 15, 16, 17 ó 18 años, y como consecuencia surgieron los matrimonios emergentes que, al paso de los años, terminaron en divorcios inminentes al acabarse el amor mutuo y el placer duradero. ¿Cuántas de nosotras no fuimos a una farmacia a comprar una prueba casera de embarazo? Yo creo que ese fue el pan nuestro de cada día en el ejercicio real de la sexualidad. Pero ¿en qué ha cambiado después de 20 años? Creo, y estoy segura, que el cambio ha sido mínimo. Las mujeres siguen ejerciendo su sexualidad de forma limitada, la maternidad sigue siendo una “responsabilidad” inherente de ser mujer como el estudiar la secundaria y terminar hasta la prepa.

En mi caso aún no ejerzo esta responsabilidad por muchos motivos, unos involucrados con salud y otros involucrados con un nulo deseo o afinidad a pasar por ese proceso. Qué raro es pensar que no me sienta atraída por la idea de ser mamá cuando durante toda mi vida pensé y estuve absolutamente segura de que lo iba a ser. Hoy, ese deseo lo siento nulificado, quizás por miedo, por terror a la responsabilidad, por pánico de no hacer un buen papel o tal vez por creer que ese “trabajo” no está destinado para mí. Cuando te casas piensas que es parte del paquete el querer tener hijos y formar una familia. En mi caso lo fue hasta el momento en que mi pareja decidió que “no era tiempo, y no estaba preparado para ser padre”. A partir de ahí mi concepción de la maternidad cambió 180° y a la fecha las cosas no han sido fáciles.

Algunas personas mencionan que en “revancha” de esa negativa hace algunos años generé una defensa y negativa a todo lo que tuviera que ver con la maternidad, sin embargo, y para ser honesta, no creo que tenga que ver con ello. Reconozco que deseaba en el alma convertirme en mamá y la idea me encantaba. Después de ese encontronazo me di cuenta que quizás no era tiempo y que las cosas se darían cuando fuera prudente. Hoy, padezco de endometriosis y por ende me encuentro bajo un tratamiento que me produce una menopausia química y los efectos secundarios que atañen a esto. Hoy, mi matrimonio pende de un hilo dado mi absoluta negativa a embarazarme como remedio a mi padecimiento. Siempre he creído y pensado que la solución a las

rupturas entre parejas NUNCA será en función a traer a alguien más a este mundo y en estos momentos me siento condicionada y coaccionada a hacerlo si es que quiero seguir en un “feliz” matrimonio. ¿Qué complicado es decidir no sólo hacerte cargo de tu vida, sino el asumir la responsabilidad de la vida de otro ser? La vanidad, el perder la figura, tú tiempo y tu espacio creo son condicionantes que poco tienen que ver con la sensación de no “desear” engendrar a alguien más. ¿Acaso es más fuerte la moralidad y certeza de cometer un error? No sé si lo sepa, no tengo idea si tendré la respuesta; lo que sí sé con absoluta seriedad es que el día que por fin Dios y mi corazón hagan las paces y decida ser mamá, será maravilloso ver crecer a un ser que tendrá la absoluta confianza y libertad de acción y pensamiento permitiéndole con ello ser libre y vivir en paz....

## TOCANDO EL CIELO

Desde niña juré y casi aseguré que mi lugar dentro de este mundo era el de ser alguien importante, tan bello y tan vistoso como una princesa en un cuento de hadas, teniendo pajes y damas de compañía que me ayudarían todos los días a acicalar mi larga cabellera castaña y rizada, que me arreglarían majestuosos y pomposos vestidos de seda y encaje, y que me pondrían coquetos zapatos de cristal que, en un pie tan pequeño como el mío, se verían espectaculares. Todo estaba destinado a que esta princesa viviría su cuento de hadas, porque así lo quería y porque así lo deseaba con todo su corazón.

Ese deseo eterno de querer llegar al cielo, de saber que las cosas desde arriba se verían y se sentirían mejor, me ayudaban a alejarme de una realidad sombría y lejana, de ser la vida maravillosa y llena de magia que una princesa de cuento merecería tener. Darme cuenta de que, lejos de alguna vez intentar disimular su desenfado o incluso su apatía para con la vida, mis padres reforzaron ese inequívoco camino de sinsabores donde, día con día, se aseguraron de que no se me olvidará que, para vivir feliz y gozar de esa felicidad, debería de pagar por ella como fuera y a costa de quién fuera.

Quizás en algún rinconcito de mi cabecita infantil pensé y confié en que llegar a ser la mejor gimnasta del mundo y el ganar concursos y medallas y trofeos ayudaría a que mi madre se sintiera menos inconforme con estar al lado de alguien que, en su momento, fue la tabla de salvación para salir de su hogar donde, según su punto de vista, “era como vivir en el caldero del infierno”, pero que con el paso de los años y corroborando las versiones, dista mucho de haber sido tan malo y tan perverso como nos hizo creer a lo largo de nuestra vida.

Intentar ser estudiante modelo para ganar simpatía y hasta aprobación de mi padre fue también otro deseo infundado por esa eterna agonía de no saber por qué nunca nada era suficiente para conseguir que la armonía familiar fuera constante y no pasajera de un fin de semana de visita a casa de mi abuela paterna.

No puedo decir que sólo existen malos recuerdos acerca de toda esta historia torcida de amor y desamor, pero por más que quisiera anclarme a una buena parte de ella surgen, como dragones malévolos de historias de castillos y

reyes, esas memorias que me enseñaron a no darle importancia a las cosas simples de la vida; que me demostraron que hasta para conseguir un abrazo era indispensable contar con la aprobación del humor y condición del clima. Si estos dos elementos se alineaban de forma perfecta, entonces era un hecho que las cosas fluirían tan normales y tan corrientes como en cualquier familia.

Supongo que también el deseo de llegar a formar una familia y tener hijos fue desvirtuado al extremo; hoy a mis 35 años me siento como una mujer sin moral y sin sentido de la vida que no desea ni quiere ni le interesa contar con el divino regalo de la maternidad. No sé en qué parte de toda la historia de mi vida el deseo materno, que se supone todas las mujeres tenemos, quedó suspendido o en estado de hibernación que, a la fecha, sigue con el tórrido romance de estar al lado de Morfeo y quedarse ahí hasta el fin de los tiempos o hasta el fin de mi ya de por sí accidentado y quebrantado matrimonio.

Llevaba tiempo sin recordar todos aquéllos deseos infantiles que, conforme avanzaba en edad, se fueron disolviendo o desmoronando en cada etapa o en cada instante que mi familia se iba rompiendo cual cristal contra el piso sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Reconozco que al principio en la escuela encontré el refugio perfecto para canalizar ese coraje y esa energía acumulada de saberme tan poco apreciada por mi madre, o lo que es peor, de haber sido la competencia viva de que mi padre no la quisiera o apreciará como ella tanto deseó, y que durante varios años me lo hiciera saber con su desprecio, hermetismo o hasta maltrato psicológico; yo sólo era “la niñita chiple”, la que con solamente decir “papi” podía voltear el mundo de cabeza. Pero como todo lo bueno, entre más años cumplía y entre más crecía, pronto se terminó.

Al paso del tiempo, querer ser siempre “la mejor” en todo y para todo se convirtió en una obsesiva compulsión que vino a contrastar con ese carácter reactivo de cariño, de convicciones e ideas inamovibles que no permitían negociación alguna, porque si por error llegaba a ceder, al final sabía que iba a terminar doliendo más de lo que ya dolía ser la “fuerte e indomable” señorita de la casa. Quizás por ello todas y cada una de mis relaciones de juventud se vaticinaban directo al fracaso, ya que al querer ser yo la dominante y la que decidía sobre todo, los individuos huían cuál caballo desbocado al ver el hierro ardiente de una controladora nata.

Quizás uno de los deseos más genuinos y que menos se han diluido en el tiempo es el de escribir. Lo que sea, como sea y del tema que fuese. Siempre fue mi actividad liberadora. En diario, en nota, en cuaderno, como poesía, como crítica, etcétera. Cada que escribí algo, una parte de toda esa tristeza se quedaba sellada con cada palabra en el papel. Hasta que al final de cada carta o escrito por fin podía sentir que a mi alma le quitaba gran parte del peso de no sentirme igual que los demás, de no ser la típica niña que pensaba en elefantes rosas y que cortejaba con los niños yendo al parque por una nieve o saliendo por la mañana a misa.

Siempre he sido “la excepción de la regla”, “la anormal”, “la diferente”, “la difícil”, y todos y cada uno de estos adjetivos se adhirieron a mi alma como pintura indeleble que, por más que lavé y tallé con llanto, no se borraban y por el contrario, como si fueran entes vivos; al darles el “sol” se avivaban tanto o más como ese profundo vacío en el corazón de no saber por qué siempre me sentía igual. Seminarios, grupos eclesiósticos, sicólogos y N profesiones fueron y vinieron tratando de enseñarme que lo que yo creía no, era parte de mi realidad.

Creo que hoy, tras muchos años y muchas subidas y bajadas, puedo decir no muy convencida que efectivamente, mis deseos más profundos no han sido cumplidos en su totalidad. Que ser “princesa” nunca fue una opción, que ser la “princesa viviendo con su príncipe azul” tampoco ha sido parte del cuento, que la frase “vivieron felices por siempre” es una línea sardónica que me produce un sentimiento agridulce al darme cuenta que ni siquiera ha sido del todo cierto. El único deseo que a la fecha sigue siendo mi remanso de paz, mi plenitud y mi seguridad es *escribir*.

Cada letra que se imprime en el papel, cada pensamiento que se transforma en una frase o en la línea de un párrafo se vuelve un acto de redención y liberación para mi alma que, al no tener la capacidad de gritar al viento lo triste y desesperada que se siente, se ahoga en *tinta transparente* mientras intenta seguir cumpliendo con las expectativas de los demás.

Hoy me veo como una mujer que ha sabido enfrentar las cosas de una forma muy rudimentaria y con muy poca preparación. Que a pesar de contar con la capacidad intelectual que te da la preparación académica y que me permite el tener argumentos fundamentados, me ha confinado a seguir callando por

respeto, por compromiso o por no herir a los demás. En el fondo del camino que he recorrido, vuelvo a ver a esa niña atolondrada con el cabello largo y castaño perfectamente peinado, con el vestidito tan almidonado que hasta parece que si pasa el viento se va a desbaratar con sólo suspirar. Pero lo que más me impacta de verla no es el hecho de verme de nuevo en ese aspecto infantil, es el observar el cambio de brillo en su mirada que, a pesar de saber que no cuenta con la aprobación de mucha gente, de que tiene que mantener un estricto rigor en cada paso que da; a pesar de todo ello, su mirada brilla y sonrío con una candidez que al mismo diablo conquistaría.

En cambio, al verme hoy al espejo y observar mi mirada, por fin me doy cuenta de la profunda tristeza que reflejan mis ojos, el llanto acumulado que se congela en mi sonrisa y las mil y un palabras que se han quedado en un suspiro al saber que mis deseos son tan efímeros como la brisa matutina y tan desechables como la vida misma. Probablemente sea cuestión de enfoque y de saber que la vida misma es exigente y te cobra la factura aunque tú no hayas comprado el bien, de que todas y cada una de las decisiones que tomes, para bien o para mal, SIEMPRE dejan una huella en el corazón y cuantas más huellas tengas, más difícil será recomenzar; más no imposible. Lo único imposible en esta vida es el no querer intentar jamás llegar hasta el cielo....